

PRÓLOGO

A veces soy dos personas.

Johnny es la buena.

Cash, la que causa todos los problemas.

Luchan.

No hace falta ser *Johnny* para entender que esta frase encierra casi todo lo que nos pasa. No hace falta ser *Cash* para entender que esa disputa que nos causa bardos, frecuentemente queda atrapada entre nuestras tinieblas y rara vez sur-

ge o sale a la superficie. Todos lo sabemos. Sin embargo, hay cierta belleza en esa lucha y la terminamos aceptando.

Hoy, ahora, en este escrito, estamos dispuestos a reconocer esa lucha porque sabemos que somos nuestros propios depredadores y que, tanto fuera como dentro de nuestras fronteras, tratamos de saquear cualquier cosa que se interponga.

Hoy, ahora, en este escrito, estamos dispuestos a reconocer que somos seres con límites que sólo incluyen lo que se es capaz de desplumar en lo inmediato dentro de la fábrica de materias primas heterodoxas en que vivimos.

La mitad que no recuerdo es un viaje sobre ese territorio desalmado, glacial, en el que se registra pero no se conmemora; es nuestra tesis oculta sobre el sufrimiento, sobre las traiciones o sobre la evidencia continua de nuestra porción desalmada, incomportable, oculta, que calla.

Hacha Ludueña saca a pasear el animal que rechazamos. Expulsa a patadas por las calles a la bestia hastiada de manjar mentiras para que, de una vez por todas, lacere la carne ardiente de la verdad.

Siempre sospeché, no sin cierto grado de rencor, que en alguna costilla se encuentra alguien con la capacidad ser impío al actuar y que, como un *X-Men*, adquiere una especie de capacidad mutante sobre los hechos cotidianos para observarlos en su abstracto conjunto y no en su doloroso rasgo.

La mitad que no recuerdo, creo, ha logrado sacar al mutante.

En estos tiempos de pseudohéores, no caben dudas que esa parte oculta ha sido acallada por la voracidad de los villanos más peligrosos que yo tenga memoria. Que esta horda de despreciables finalmente ha ganado la batalla y, encima, con el consentimiento de la mayoría de los ciudadanos.

Hoy, antes también, nuestra parte más dura es obligada a ocultarse: los gurúes de la cibertróncia y sus comunidades políticamente correctas, su policía googlera y canchera está dando su última pixelada de miedo en el friso de horror en el

que nos hemos habituado a existir. Hace ya muchos años que se incendian a nuestro alrededor las vidas de muchos como para no decir nada y mirar la pantalla.

De no producirse ese despertar de conciencia colectiva, de no correr todos a salvar a cualquiera cuando el incendio se acerque, entonces, los pseudohéroes y los villanos volverán a por quien les convenga y nos van a dar la estocada final.

Intentar la reproducción narrativa de los eventos que generamos y, por lo tanto, de ese continuo relato que hacemos de nuestra comunidad, convierte a la memoria en el sistema inmunológico más eficaz para protegernos de esa extensión autoritaria y corrupta en la que nos encontramos.

Ya que no son los otros los que nos cobijan que lo hagan entonces nuestros narradores: aquellos que, como Ludueña conservan a ultranza esa autonomía de opinión que guarda nuestra mitad olvidada, la mitad que no recordamos.

Es hora de que salga la bestia, el X- Men desalmado a poner las cosas en su lugar y demuestre que lo no se recuerda no significa que no exista que, por fin, es hora que se lean sus derechos:

Tiene derecho a un abogado del diablo.

Tiene derecho a existir.

Tiene derecho a (de)mostrar que el recuerdo no es sólo un puro acto mnemónico.

Tiene derecho a que los recuerdos sean traducidos en conductas.

Tiene derecho a no abandonar el estado de movilización permanente.

Tiene derecho, como dice Hacha...

...a ser una dualidad que fluya y se mueva sin cesar. A ser dos unidades en un mismo recipiente. A ser el bien y el mal, carne y verdura, alegría y tristeza, sol y luna, Ying y Yang, infierno y paraíso.

Federico Docampo

LA SANTIAGUEÑA

En la húmeda habitación *El Abandonado* de los Mirlos mezclaba su música con el esquivo humo danzante del palo santo y la pipa salteña.

Ella amenazaba con un cuchillo pero yo no veía sino más que su sonrisa tenue, casi imperceptible, sólo delatada por una pequeña mueca en su labio superior.

Parecía disfrutar y esa burla era mucho más filosa que un cuchillo.

Desde que cerró la puerta supe que la cosa iba a terminar mal: nadie con buenas intenciones traba con tres candados estando sólo dos personas bajo el mismo techo (o al menos eso interpreté). Ese gesto fue la guerra y para hacerme eso a mí hay que tener nafta en el tanque porque si no, te paso por encima.

Analiqué la contienda, sin improvisar, hasta que una voz interna me dijo que lo mejor era no atacar, aguardar a que la oponente tome la iniciativa y desarmarla... A como dé lugar.

Mientras bailoteaba y vociferaba puteadas que tensaban sus músculos contorneados, sus ojos no me perdían de vista. Por más que evitara su cara, sabía que no había escape, debía enfrentar el duelo criollo o huir como rata, saltando por una ventana diminuta, situada a metro ochenta del piso que, me permitiría acceder a las escaleras internas del hotel. Y de ahí ganar la calle.

Mientras nos medíamos como dos alces que exhiben sus cuernos, pensé que me hubiera gustado estar en casa escribiendo o tocando y me pregunté:

¿Qué hice para terminar acá?

La santiagueña medía un metro ochenta y, subida a sus ta-cos, tenía diez centímetros más. Era flaca y de buen estado, a pesar de su cara de adicta a la pipa. Su sonrisa era, tal vez, lo único rescatable en su enfurecido ser.

Era de la calle, *dealer*, hábil ladronzuela en los escalafones más bajos del hampa. Visualmente estaba más cerca de ser un tipo con tetas que una mina. Había sido moldeada a hormonas, nafta para cohetes, crack, palizas, tiros y pabellones en correccionales.

Era diestra con el cuchillo: se lo pasaba de mano en mano tirando zarpazos en el aire y blandiendo la filosa hoja a la altura de mí cara, insultando para distraerme. Se paraba de manos como si hubiera nacido para eso.

De repente, se bajó de sus zapatos espaciales y se acomodó sobre la cama hecha con una manta roja. Como un puma que se agazapa frente a su víctima buscando el punto donde morder, me dijo:

- Ahora te voy a matar porteño, por gil... Y atrevido...

Pese a mi estado, pude ver en cámara lenta cuando tiró la cuchillada. Cuando llegó a mí adiviné el perfil y con mi campera de cuero a modo de poncho, logré esquivar el acero.

Gracias al envión de su ataque y la fuerza de mis ochenta y siete kilos, pude tomarla por la espalda y hacerla chocar de cara a la pared. Al impacto le siguió un grito débil, más bien un quejido desgarrado con el bombazo de su cuerpo contra el piso. El golpe hizo que un diente saltara de su boca como una pastillita de menta.

Hice cinco respiros para tranquilizarme y pensar. Me enfrentaba a dos alternativas: lastimarla con un puntazo vengativo y robarme una docena de bolsitas negras que había dentro de un recipiente plástico o escapar lo antes posible por la ventanita, como los malditos roedores.

Ese fue el momento más justificable de mi vida para cometer una desgracia. A pesar de mi respiración descontrolada y el miedo, trataba de encontrar calma. El corazón me latía endemoniado y el pecho se estremecía con miles de pinchazos.